

**Del equívoco a la paradoja:
La FAN y la Revolución Bolivariana**

Aníbal Romero

Profesor Titular

Universidad Simón Bolívar

(Capítulo del libro: "Chávez y el Estamento Militar, Caracas 2002)

1

La denominada Revolución Bolivariana comenzó con un golpe de Estado, llevado a cabo por un nutrido grupo de jóvenes oficiales del Ejército venezolano a cuya cabeza se hallaba, entre otros, el Teniente Coronel Hugo Chávez. Como operación militar el golpe fue un fracaso, pero su impacto político fue demoledor. A partir de ese momento, las ya agrietadas estructuras de la democracia *puntofijista* comenzaron a disolverse, en buena medida empujadas por la vocación suicida de las élites políticas tradicionales, incapaces de comprender la magnitud de la amenaza representada por el nuevo mesianismo militar. Esas élites, agotadas por años de manejo clientelar de la política, y desgastadas por el sistemático incumplimiento de promesas excesivas, acabaron por destruirse entre sí, ciegas ante los peligros que las acechaban, en tanto se acentuaban el clamor popular de cambio y el atractivo carismático del joven militar, cuya imagen televisada Venezuela entera contempló por primera vez en febrero de 1992.

Los cabecillas de esa asonada no tardaron en exponer ante una población desengañada sus ideas y planteamientos acerca de las motivaciones de su acción, así como sobre el futuro que vislumbraban para una sociedad ansiosa de dejar atrás el pasado y abrir las puertas a un porvenir mejor. Desde un primer momento, quedó bastante claro para algunos observadores, cuyos testimonios pueden hallarse sin esfuerzo en la prensa de esos días, que los oficiales "bolivarianos", en su mayoría, respondían a un impulso emocional carente de basamentos ideológicos sólidos y coherentes. El uso del nombre de Bolívar constituía una bandera de lucha, desconectada de cualquier

interpretación seria e históricamente ajustada a los contenidos reales del pensamiento político del prócer. Por otra parte, la evocación de personajes tan disímiles como Simón Rodríguez y Ezequiel Zamora, enarbolados junto a Bolívar como guías ideológicos del golpe, no pasaba de ser un gesto de casi infantil patriotismo, desprovisto de una sustancia cohesionada que de alguna forma pudiese dar respuesta a los problemas y desafíos actuales del país. En otras palabras, el llamado a una “revolución” por parte de los militares golpistas no pasaba en ese entonces de ser otra consigna gaseosa más, de las tantas que han hecho vibrar el cambiante y turbulento proceso histórico venezolano, un proceso caracterizado precisamente por la abundancia de “revoluciones”, tras las que casi siempre se esconde la descarnada ambición personalista de poder por parte de los hombres fuertes y caudillos de turno.

Sin embargo, no todos los conductores de la asonada golpista respondían a la imagen del militar joven e idealista, un tanto ingenuo en materia política, más romántico que maquiavélico, que algunos quisieron ver aquellos días, y con la que millones de venezolanos de todos los estratos sociales se identificaron. En particular, Hugo Chávez procedía de un ambiente ideológico de izquierda y no era ajeno a una limitada y a la vez muy sesgada formación política; de hecho, su labor conspirativa se insertaba en el marco de un cuidadoso y paciente semillero, sembrado por la izquierda insurreccional desde finales de los años sesenta en el seno del estamento militar venezolano. Chávez, a diferencia de la mayor parte de los oficiales implicados en el golpe de Estado, llegaba a la escena pública provisto no solamente de la ambición de poder personal, sino también de una cierta brújula ideológica, que apuntaba sin lugar a dudas en una dirección de izquierda —en términos generales—, aunque no se tratase de un producto intelectual elaborado y coherentemente organizado.

Esta situación, es decir, el contraste entre las aspiraciones y propósitos de Hugo Chávez —caracterizados, como ya dije, por una perspectiva de izquierda—, y la visión más bien confusa, de simplista redención social, jerga

patriotera y combate a la corrupción que llenaba las mentes de sus acompañantes —hombres como Arias Cárdenas y Urdaneta Hernández, entre otros—, hizo que la Revolución Bolivariana naciese en medio de un equívoco: Para Chávez, una eventual captura del poder político en Venezuela significaba el inicio de un camino verdaderamente revolucionario en una dirección de izquierda, en la dirección, quiero decir, de un enrevesado marxismo fascistoide, mezclado con adherencias del militarismo socializante y mesiánico de raigambre latinoamericana y nasserista. Para buena parte del resto de Comandantes golpistas, de otro lado, la “revolución” era no otra cosa que el preludio de un camino de redención heroica de un pueblo oprimido; un camino, no obstante, alejado del microcosmos mental de una izquierda todavía apegada al castrismo-guevarista, al anti-imperialismo y las simpatías por regímenes radicales en otras latitudes, al estilo de las dictaduras militares en el Medio Oriente.

Estas diferencias no brotaron plenamente a la luz sino después del triunfo electoral de Chávez en diciembre de 1998. Las advertencias que se hicieron previamente a esa victoria, en torno a los riesgos que representaba Chávez — riesgos de autoritarismo y desadaptación ideológica a las realidades del siglo XXI— no fueron escuchadas por el pueblo venezolano. Nuestro electorado sucumbió una vez más a la seducción demagógica de un caudillo carismático, un caudillo que en este caso se arropó abiertamente bajo el manto de Bolívar, manipulando con gran éxito el poder inmenso de esa especie de segunda religión que integra el entramado espiritual de una sociedad para la cual ser “bolivarianos” es lo mismo ser venezolanos. Invocar a Bolívar en la política venezolana equivale a sumergirse en aguas purificadoras, para emerger de ellas limpios de toda culpa y destinados a salvar a la Patria.

Así lo entendió Hugo Chávez, ahora convertido en Presidente constitucional de la República, y muy pronto dio inicio al rumbo de cambios para cuya ejecución parecía haber sido ungido por el dios de la Historia. Sin embargo, como ya se apuntó, el proceso revolucionario empezaba en medio del equívoco

generado por la orientación ideológica de Chávez, y su contraste con dos realidades: En primer lugar, el pueblo venezolano no había elegido a Chávez para hacer una verdadera revolución al estilo de la cubana, por ejemplo, sino para acabar con un estado de cosas anterior que de hecho ya se había suicidado, y para satisfacer las aspiraciones de mejoramiento material, de calidad de vida, que por décadas han constituido la medula espinal de la cultura política pragmática y utilitaria de la inmensa mayoría del país.

En segundo lugar, el deseo de Chávez de convertir al estamento militar venezolano en un instrumento de su revolución se complicaba por el carácter básicamente conservador de una institución altamente profesionalizada, entrenada por décadas dentro de los esquemas de la defensa de Occidente frente al comunismo, y equipada en sus principales sistemas de armas por Estados Unidos (aviones F-16), y países de la OTAN (tanques ligeros británicos, fragatas misilísticas italianas, submarinos alemanes), o en todo caso miembros del mecanismo de defensa occidental (aviones Mirage y tanques medianos franceses, lanza-cohetes suecos, etc). Esta Fuerza Armada, cabe recordarlo, reivindica para sí la victoria contra las guerrillas pro-castristas que combatieron la democracia venezolana en los sesenta; además, se trata de un estamento militar acostumbrado a un elevado nivel operativo, que por años se preparó para un eventual conflicto bélico con las fuerzas regulares colombianas, y que ahora se enfrenta a la amenaza guerrillera encarnada en las FARC y el ELN, cuyas incursiones en Venezuela se multiplican, en tiempos en que el Ejército regular y los otros componentes de fuerza colombianos (Aviación y Marina de guerra) mejoran notablemente su capacidad operacional gracias a los auxilios norteamericanos. En síntesis, la FAN en la que se formó Hugo Chávez dista mucho de hallar en el Teniente-Coronel golpista y líder radical un representante típico de las percepciones y actitudes predominantes entre la oficialidad. Al contrario, se trata de un estamento militar conservador, claramente ubicado dentro de parámetros pro-occidentales, y reacio a reemplazar su papel institucional por una militancia política “revolucionaria”.

2

La Revolución Bolivariana, cabe insistir en ello, empezó a andar con la vista fija en dos espejismos: De un lado, la errada creencia de parte de Hugo Chávez según la cual el pueblo venezolano quería una revolución de verdad. De otro lado, la no menos equivocada apreciación de acuerdo con la cual un estamento militar esencialmente conservador, y en extremo orgulloso de sus aptitudes profesionales, admitiría su transformación en herramienta de asistencialismo social dentro del marco de un proyecto contaminado de ideología izquierdista, y poco atento a los retos de seguridad y defensa que los militares perciben como prioritarios. Estos espejismos, que durante los primeros tiempos —1999 a 2000— estuvieron parcialmente escondidos tras la polvareda levantada por el entusiasmo inicial hacia Chávez y sus “cambios”, han venido transformándose en dilemas concretos y apremiantes, a medida que la revolución pierde su encanto, y la popularidad del caudillo se desliza por una espiral descendente de frustración y desengaño populares.

En sus primeras fases, el llamado “proceso” se centró primordialmente en el desmantelamiento del entramado institucional heredado del *puntofijismo*, tarea que culminó con la aprobación de una nueva Constitución en la que el estamento militar fue objeto de ciertas reformas, que privilegiaron su autonomía, concentraron autoridad en su Comandante en Jefe (el propio Presidente de la República), e instituyeron el voto militar. De un modo que, eventualmente, se mostraría poco prudente, Hugo Chávez expresó en diversas ocasiones en 1999-2000 su deseo de que los militares se convirtiesen en un factor deliberante en el terreno político, y se anunciaron igualmente futuras reformas a la ley que rige la FAN de manera específica. Por otro lado, y en cumplimiento de sus más ansiados proyectos, enunciados en entrevistas y alocuciones aun antes de su triunfo electoral, Chávez y su gobierno responsabilizaron a los militares del manejo de inmensos recursos financieros destinados a la ejecución de planes de desarrollo social, como el Plan Bolívar 2000, en tanto que se especulaba acerca

de la influencia sobre el Jefe del Estado de las ideas del sociólogo argentino Norberto Ceresole, divulgador de la tesis del “modelo post-democrático venezolano”, sustentado en el eje “caudillo-pueblo-ejército” y destinado, de acuerdo con su autor intelectual, a transformar el horizonte político latinoamericano y mundial.

Dejando de lado tales especulaciones, lo cierto es que muy pronto Hugo Chávez imprimió a su revolución un vibrante dinamismo verbal, que al paso del tiempo se ha revelado poco práctico. Conviene en tal sentido recordar que Chávez, por una parte, aseguró que el “proceso” iría más allá del “neoliberalismo” en el plano interno, —eufemismo que esconde una abierta hostilidad contra la economía de mercado. Por otra parte, arremetió contra la democracia representativa y propuso una alternativa, la “democracia participativa”, presentando a su vez ante los ojos un tanto perplejos de Washington y otros aliados tradicionales su visión de un mundo “multipolar”, otro eufemismo destinado a ocultar un hondo y arraigado anti-yanquismo, que en poco tiempo comenzó a servir de faro ideológico para guiar una política exterior empeñada en distanciar a Venezuela de los Estados Unidos y acercarla a la Cuba castrista, a la guerrilla colombiana, y algunos de los más controversiales regímenes autoritarios en el Medio Oriente (Irak, Libia) y América Latina (el Perú de Alberto Fujimori).

El error fundamental de estos propósitos es que llegaron tarde a su cita con la historia. Desde el propio comienzo del ejercicio de gobierno chavista, numerosos observadores tanto en Venezuela como el exterior señalaron el carácter bastante anacrónico de sus principales postulados, así como de su dirección estratégica general. Chávez parecía estar respondiendo a una serie de dogmas y convicciones pertenecientes a un período ya superado de las relaciones internacionales y del proceso sociopolítico latinoamericano; a dogmas y percepciones que contrastaban con la orientación esencial de la economía, la

política y la geopolítica posteriores al fin de la Guerra Fría y a esta nueva etapa de predominio estadounidense a escala global.

En cuanto al plano interno se refiere, el romanticismo izquierdista de Chávez y sus seguidores en el gobierno ha significado la parálisis económica, la huída de las inversiones y el acentuado aumento del desempleo. La “democracia participativa” se ha traducido realmente en un clima de aguda y perenne tensión política, que ha dividido al país en bloques irreconciliables y hecho muy difícil la tarea de implementar un programa de reformas con base en el consenso democrático de la mayoría. Después de casi tres años de gobierno, el “proceso” se encuentra estancado, y es cada día más evidente la pérdida de lo que una vez fue un inmenso capital político por parte de Chávez, materializado en términos de una indudable fervor popular hacia su figura. La magia del caudillo parece haberse esfumado casi por completo, y el horizonte político se llena de nubarrones, mientras proliferan las voces que piden la renuncia o sustitución del Presidente y las calles se inundan de diarias manifestaciones contra el régimen.

En el plano internacional, aun antes de los dramáticos eventos del 11 de septiembre (2001) la política exterior “revolucionaria” había aislado paulatinamente a Venezuela, dejándola en compañía de socios que, como la Cuba castrista, poco pueden ofrecer a nuestro país en cuanto a intercambio comercial o ejemplo político se refiere; más bien al contrario, Venezuela paga un alto precio para alimentar una relación que la gente observa con sospecha. De hecho, los estudios de opinión muestran que una aplastante mayoría de venezolanos rechaza el modelo castrista, y ve con simpatía a los Estados Unidos, pues hasta los más humildes entienden que Washington es un indispensable socio comercial para un país petrolero como el nuestro, además de importante aliado estratégico y fuente de insustituibles inversiones.

La brecha entre el izquierdismo de Chávez y las aspiraciones de los venezolanos también se evidenció en lo referente al estamento militar. La

apertura “deliberativa” de la institución castrense rápidamente se reveló como inconveniente y peligrosa para el régimen, a través de varios incidentes que involucraron a oficiales dispuestos a expresar públicamente sus puntos de vista críticos sobre el curso del gobierno “revolucionario”. De igual modo, el Plan Bolívar 2000 pronto fue objeto de reiterados cuestionamientos a raíz de sucesivas —y en ciertos casos aparentemente bien fundadas— acusaciones de irregularidades y manejos corruptos, que involucran inmensas sumas de dinero administradas por los militares con escasos controles y mínima supervisión por parte de organismos independientes.

El realineamiento geopolítico de Venezuela sufrió muy pronto los embates de una realidad internacional poco permeable a experimentos demasiado innovadores por parte de países pequeños y vulnerables como el nuestro. Chávez comenzó por marcar distancia con respecto a la tradicionalmente estrecha relación de nuestro componente militar con Estados Unidos, suspendiendo o eliminando maniobras de entrenamiento entre la aviación y armada venezolanas y sus contrapartes norteamericanas, acentuando los contactos con el ejército cubano, y acercando a Venezuela a Rusia y China, llegando hasta el punto de firmar un tratado de asistencia militar con Moscú. La idea chavista de un mundo multipolar, no obstante, se ha caracterizado por cierta irrelevancia, que le es consustancial a un planteamiento semejante de parte de una nación cuya influencia en el desarrollo de los eventos mundiales es escasa. En efecto, luego del fin de la Guerra Fría la multipolaridad siguió existiendo, pero en otras condiciones, pues la preponderancia militar estadounidense se intensificó, en tanto que China y la Comunidad Europea despuntaban como importantes polos económicos. No obstante, la hegemonía de Washington, sin ser ilimitada, constituye un factor patente de la actual situación internacional, una realidad que se ha puesto de manifiesto de manera inequívoca a raíz del estallido de la “guerra contra el terrorismo”.

El nuevo panorama mundial ha hecho colapsar la política exterior “revolucionaria”. El discurso que Chávez esgrimió ha quedado obsoleto después del 11 de septiembre del 2001, y así lo han demostrado los eventos. El imperativo de alinearse con Washington o de romper definitivamente con el coloso del norte colocó a Chávez ante un dilema lacerante. Arrinconado por una realidad que escapaba por completo a su control, procuró entre septiembre y octubre de este año (2001) presentar un rostro ambivalente, que a la vez que expresaba una solidaridad puramente verbal hacia Washington abría todo tipo de interrogantes acerca de la justicia y validez de los objetivos norteamericanos en la “guerra contra el terrorismo”. Este espectáculo de acrobacia política se reveló en poco tiempo como excesivamente peligroso, pues por primera vez desde que Hugo Chávez asumió la presidencia Washington reaccionó con fuerza ante sus constantes provocaciones, obligando al mandatario venezolano a retroceder en sus planteamientos y a proclamar en público, dirigiéndose a Bush: “I want to be your friend”. Cabe destacar que este viraje táctico fue ejecutado —es de presumir que por instrucciones del Presidente— por el Jefe de la Fuerza Armada, General Lucas Rincón, en un gesto sin precedentes en vista de que dejó de lado al Ministro de la Defensa (José Vicente Rangel), y comprometió de modo absolutamente claro y sin ambigüedades a la FAN a luchar junto a Estados Unidos en su nueva guerra. Atrás quedaron, aparentemente, los coqueteos con Castro, los tratados militares con Rusia, y las solidaridades encubiertas con la guerrilla colombiana. Hugo Chávez, forzado por los eventos, intenta ahora retornar al redil del cual nunca debió sacar a Venezuela.

3

Las consecuencias del equívoco inicial a partir del cual se enrumbó el llamado “proceso” son ya bastante claras: ni ha habido una revolución, pues el país no la quería y las circunstancias internacionales la impiden, ni se ha llevado a cabo una obra de gobierno medianamente “normal”, orientada de modo sistemático a dar respuesta a los inmensos problemas que aquejan a nuestra

sociedad. Para el momento de escribir estas líneas (noviembre del 2001), las encuestas más confiables indican que un 70% de la población atribuye directamente al Presidente la culpabilidad por los males venezolanos, lo cual comprueba que ya el discurso dirigido a atribuir nuestras dificultades a las “cúpulas podridas” de la IV República se agotó. A menos que se produjese en las próximas semanas y meses una profunda y amplia rectificación en el estilo y contenidos de un mandato gubernamental que a todas luces se desliza hacia un abismo, una rectificación que luce poco probable en vista de las características de personalidad hasta el presente mostradas por el Jefe del Estado, cabe esperar que Venezuela enfrente muy pronto una situación de severa crisis político-constitucional.

Frente a este panorama, la FAN se ha colocado en situación comprometida. La proliferación de oficiales en cargos públicos ajenos a su profesión militar, las manifestaciones de apoyo a Chávez por parte de los altos mandos castrenses, las actividades asistencialistas y otros programas desarrollados por los militares, y el crecimiento exponencial de la inseguridad interna y externa del país conforman un contexto que expone a la FAN a sufrir también los embates que erosionan la popularidad del Presidente y su gobierno. De hecho, los estudios de opinión sugieren que la FAN ha venido perdiendo paulatinamente parte del notable prestigio y lustre que llegó a tener ante el público hasta no hace mucho. Problemas de presunta de burocratización, corrupción, ineficiencia y politización están mermando la disciplina militar, y seguramente afectando el apresto operativo de un estamento castrense que por décadas pudo legítimamente preciarse de poseer un elevado nivel de capacidad combativa.

De tal manera que el equívoco de la Revolución Bolivariana, en lo que toca a los militares, se ha transformado en paradoja, o, sería mejor decir, en varias de ellas. Para empezar, de haber sido concebido por Hugo Chávez como un instrumento de la “revolución”, la FAN empieza a devenir en palanca de

sostén del poder personal de un Presidente seriamente acosado por sus desaciertos, y por la ausencia de una obra de gobierno capaz de satisfacer las aspiraciones creadas entre 1997 y 1998, aspiraciones y expectativas ahora convertidas en desencanto y frustración. En segundo término, en lugar de ser un ariete del cambio en la posición geopolítica de Venezuela, de acuerdo con la visión anti-norteamericana de Hugo Chávez, el estamento militar se ha visto forzado más bien a “enmendarle la plana” al Jefe del Estado, conteniendo su radicalismo y reiterando la alianza estratégica entre Venezuela y Washington (como ocurrió a raíz de la polémica desatada por la ambigüedad presidencial en torno a la “guerra contra el terrorismo”). En tercer lugar, en vez de ser ahora ese “partido político” destinado a llevar a cabo una revolución, como lo pensó el sociólogo Ceresole y aparentemente lo asumió Hugo Chávez, la FAN empieza a jugar un papel esencialmente conservador en la política nacional, en vista de la multiplicación de los conflictos e intensificación de las tensiones político-sociales. Más que un partido, la FAN se ha transformado en árbitro, pero su papel en tal sentido se ve poco favorecido por la pérdida de autoridad moral de un estamento castrense demasiado identificado, desde la perspectiva de la oposición y la sociedad civil en general, con el cada día más evidente fracaso del “proceso”.

Lo que surgió del equívoco culmina, pues, en un torbellino de acuciantes paradojas, cuyo desenlace probable sería demasiado osado pronosticar.